

taba. El espíritu humano giraba sobre sus goznes y también la sociedad civil. Cuando Roland, hecho ministro, se presentó ante Luis XVI vestido sencillamente y con zapatos sin hebillas, el maestro de ceremonias levantó las manos al cielo pensando que todo estaba perdido. En efecto; todo había cambiado.

LIBRO IV

LA EDAD MODERNA

CAPITULO PRIMERO

Las ideas y las obras.

- I. Cambios en la sociedad.—Advenimiento de la democracia.—La Revolución francesa.—El deseo de encumbrarse.—Cambios en el espíritu humano.—Nueva idea de las causas.—La filosofía alemana.—El deseo del *más allá*.
- II. Roberto Burns.—Su país.—Su familia.—Su juventud.—Sus miserias.—Sus aspiraciones y sus esfuerzos.—Sus inventivas contra la sociedad y la Iglesia.—*The Jolly Beggars*.—Sus ataques contra el *cant* oficial.—Su idea de la vida natural.—Su idea de la vida moral.—Su talento.—Cómo es espontáneo.—Su estilo.—Cómo es innovador.—Su éxito.—Sus afectaciones.—Sus cartas estudiadas y sus versos académicos.—Su vida de colono.—Su empleo de aduanero.—Sus disgustos.—Sus excesos.—Su muerte.
- III. Dominación de los conservadores en Inglaterra.—La revolución no se consuma al pronto más que en el estilo.—Cowper.—Su delicadeza enfermiza.—Sus desesperaciones.—Su locura.—Su retiro.—*The Task*.—Idea moderna de la poesía.—Idea moderna del estilo.
- IV. La escuela romántica.—Sus pretensiones.—Sus tanteos.—

Las dos ideas de la literatura moderna.—La historia entra en la literatura.—Lamb, Coleridge, Southey.—Moore.—Defectos de este género.—Por qué triunfa menos en Inglaterra que en otras partes.—Sir Walter Scott.—Su educación.—Sus estudios de anticuario.—Sus gustos nobiliarios.—Su vida.—Sus poemas.—Sus novelas.—Insuficiencia de sus imitaciones históricas.—Excelencia de sus pinturas nacionales.—Sus cuadros domésticos.—Su burla amable.—Sus intenciones morales.—Su puesto en la civilización moderna.—Desarrollo de la novela en Inglaterra.—Realismo y honradez.—Cómo este género es burgués é inglés.

V. La filosofía entra en la literatura.—Inconvenientes del género.—Wordsworth.—Su carácter.—Su condición.—Su vida.—Pintura de la vida moral en la vida vulgar.—Introducción del estilo llano y de los compartimentos psicológicos.—Defectos del género.—Nobleza de los sonetos.—*La Excursión*.—Belleza austera de esta poesía protestante.—Shelley.—Sus imprudencias.—Sus teorías.—Su fantasía.—Su panteísmo.—Sus personajes ideales.—Sus paisajes vivos.—Tendencia general de la literatura nueva.—Introducción gradual de las ideas continentales.

Al acercarse el siglo XIX principia en Europa la gran revolución moderna. El público ilustrado y el espíritu humano cambian, y á impulsos de estos dos choques brota una nueva literatura.

La edad precedente ha hecho su obra. La prosa perfecta y el estilo clásico, han puesto al alcance de las inteligencias más torpes y atrasadas las opiniones de la literatura y los descubrimientos de la ciencia. Las monarquías templadas y las administraciones regulares han dejado desenvolverse á la clase media bajo la pomposa nobleza de la corte, como vemos brotar las plantas útiles bajo los árboles de adorno. Esas plantas se multiplican, crecen, se elevan al nivel de sus rivales, las envuelven en su vegetación floreciente y las confunden en su masa. Un nuevo mundo, burgués, plebeyo, ocupa el sitio en adelante, atrae la vista, impone su forma á las costumbres, imprime su

imagen en los espíritus. Hacia el fin del siglo un concurso súbito de circunstancias extraordinarias le saca á luz de repente y le eleva á una altura que ninguna edad había conocido. Con las grandes aplicaciones de las ciencias, aparece la democracia. La máquina de vapor y la *mull-jenny* elevan en Inglaterra ciudades de trescientas mil, de quinientas mil almas. En cincuenta años se duplica la población, y la agricultura llega á ser tan perfecta que, á pesar de ese enorme aumento de bocas que hay que sustentar, una sexta parte de los habitantes, con el mismo suelo, suministra alimentos al resto; la importación pasa del triplo, el tonelaje de los buques llega al séxtuplo, la exportación excede del séxtuplo (1). El bienestar, la holgura, la instrucción, la lectura, los viajes, todo lo que era un privilegio de unos cuantos pasa á ser patrimonio común del gran número. El flujo creciente de la riqueza eleva á la holgura á la parte más escogida de los pobres, y la parte más escogida de las gentes acomodadas llega hasta la opulencia. El flujo creciente de la civilización eleva la masa del pueblo á la educación rudimentaria, y á la masa de la clase media á la educación completa. En 1709 había aparecido el primer periódico cotidiano, un periódico del tamaño de la mano, que el editor no sabía cómo llenar, y que, unido á todos los otros, no arrojaba tres mil ejemplares anuales. En 1844 el timbre marcaba setenta y un millones de números, varios de ellos grandes y nutridos como volúmenes. Obreros y burgueses, emancipados y enriquecidos, surgen de las profundidades donde yacían sumidos en la estrechez,

(1) Alison, *History of Europe*.—Porter, *Progress of the Nation*.

la ignorancia y la rutina; salen á escena, echan á un lado el traje de comparsas, y en América, en Francia, en toda Europa, sucesivamente ó á la vez, se apoderan de los primeros papeles por una irrupción súbita ó por un progreso continuo, á fuerza de revoluciones, con gran prodigalidad de trabajo y de genio, á través de guerras gigantescas, fundando ó destruyendo Estados, inventando ó renovando ciencias, conquistando ó adquiriendo derechos políticos. Se ennoblecen por sus grandes obras; se hacen rivales, iguales, vencedores de sus señores; no necesitan ya imitarlos; tienen héroes á su vez, pueden presentar como ellos sus cruzadas, han ganado como ellos el derecho de tener una poesía, y van á tener una poesía como ellos.

En Francia, país de la igualdad precoz y de las revoluciones completas, es donde hay que observar este nuevo personaje, el plebeyo que se encumbra: Auge-reau, hijo de una frutera; Marceau, hijo de un procurador; Murat, hijo de un posadero; Ney, hijo de un tonelero; Hoche, antiguo sargento, que por la noche lee en su tienda de campaña el *Tratado de las sensaciones* de Condillac; y, sobre todo, ese joven delgado de mejillas hundidas, seco de ambición, con el corazón lleno de imaginaciones novelescas y de grandes ideas esbozadas, que, siendo teniente durante siete años, ha leído dos veces en Valence todo el surtido de un libro, que ahora, en Italia acaba de destruir cinco ejércitos con una tropa de desharrapados heroicos, y da cuenta á su gobierno de sus victorias con faltas de ortografía y de francés. Se hace amo y señor, se proclama el representante de la revolución, declara que «el porvenir está abierto á los talentos», y lanza á los otros consigo á las empresas. Le siguen, porque hay

gloria y, sobre todo, provecho que ganar. «Dos oficiales (dice Stendhal) mandaban una batería en Talavera; llega una bala, y derriba al capitán.—¡Bueno! (exclama el teniente). Han matado á Francisco; seré capitán yo.—Todavía no (dice Francisco, que no habla sufrido más que un aturdimiento y vuelve á levantarse).» Esos dos hombres no eran enemigos ni malos, sino al revés, compañeros y amigos; pero el teniente quería ascender en grado. He ahí el sentimiento que proporcionó hombres para las hazañas y las carnicerías del Imperio, que hizo la revolución de 1830, y que hoy, en esta enorme democracia sofocante, impulsa á las gentes á un pugilato de trabajo y de intrigas, de genio y de bajezas, para salir de su condición primitiva y elevarse hasta las cumbres, cuya posesión es entregada á su competencia ó prometida á su esfuerzo. El personaje reinante ahora no es ya el hombre de salón elegante y negligente, que tiene asegurado su puesto y hecha su fortuna, que no tiene más ocupación que divertirse y agradar, que gusta de conversar, que es galante, que se pasa la vida en conversaciones con mujeres engalanadas, entre los deberes y los placeres de sociedad; es el hombre que trabaja solo en su cuarto ó corre en coche de alquiler para crearse amigos y protectores; hombre frecuentemente envidioso, á veces resignado, jamás satisfecho, pero fecundo en invenciones, pródigo de su labor, y que encuentra la imagen de sus mancillas y de su fuerza en el teatro de Victor Hugo y en la novela de Balzac.

Tiene otras preocupaciones, y más grandes. Al mismo tiempo que el estado de la sociedad humana, ha cambiado la forma del espíritu humano. Ha cambiado por un desarrollo natural é irresistible, como una flor

que se convierte en fruto, como un fruto que se convierte en semilla. El espíritu comienza de nuevo la evolución que hizo ya en Alejandría, no como entonces en medio de un aire deletéreo, en medio de la degradación universal de los hombres esclavizados, en medio de la creciente decadencia de una sociedad que se disuelve, entre las angustias de la desesperación y el humo de las abstracciones, sino en el seno de un aire que se depura, entre los progresos visibles de una sociedad que se mejora y el ennoblecimiento general de los hombres emancipados, en medio de las arrogantes esperanzas y á la sana claridad de las ciencias experimentales. La edad oratoria que acaba, como acababa en Atenas y en Roma, ha agrupado todas las ideas en un casillero cómodo, cuyos compartimentos conducen los ojos al instante hacia el objeto que quieren definir, de modo que en adelante la inteligencia puede penetrar en concepciones más altas y comprender el conjunto que no había abarcado aún. Los pueblos aislados, franceses, ingleses, italianos, alemanes, llegan á tocarse y á conocerse por el impulso de la revolución y por las guerras del imperio, como antiguamente las razas separadas, griegos, sirios, egipcios, galos, por las conquistas de Alejandro y la dominación de Roma; de modo que en adelante cada civilización, ensanchada por el contacto con las civilizaciones vecinas, puede salir de sus límites nacionales y multiplicar sus ideas por la mezcla con las ajenas. La historia y la crítica nacen como bajo los Ptolomeos, y por todas partes, en todo el universo, en todos los puntos del tiempo, se ocupan en resucitar y en explicar las literaturas, las religiones, las costumbres, las sociedades, las filosofías; de modo que en adelante la inteligencia, emancipada por el espectáculo

de las pasadas civilizaciones, puede desprenderse de los prejuicios de su siglo, como se ha desprendido de los prejuicios de su país. Una raza nueva, adormecida hasta aquí, da la señal: Alemania, por toda Europa, imprime impulso á la revolución de las ideas, como Francia á la revolución de las costumbres. Esas buenas gentes, que se calentaban fumando junto á una estufa, y no parecían á propósito más que para hacer ediciones doctas, aparecen de pronto como los promovedores y jefes del pensamiento humano. Ninguna raza tiene un espíritu tan comprensivo: ninguna está tan bien dotada para la alta especulación. Se ve en su lengua, tan abstracta, que más allá del Rhin parece una jerga ininteligible. Y, sin embargo, gracias á esa lengua alcanza las ideas superiores. Porque lo característico de esa revolución, como de la revolución alejandrina, es que el espíritu humano se hace *más capaz de abstraer*. Ellos hacen en grande lo mismo que los matemáticos cuando han pasado de la aritmética al álgebra, y del cálculo ordinario al cálculo infinitesimal. Comprenden que tras las verdades limitadas de la edad oratoria hay explicaciones más profundas; van más allá de Descartes y de Locke, como los alejandrinos van más allá de Platón y Aristóteles; comprenden que un gran obrero arquitecto y átomos redondos ó cuadrados no son causas, que fluidos, moléculas y mónadas no son fuerzas, que un alma espiritual ó una secreción fisiológica no da cuenta del pensamiento. Buscan sobre los dogmas el sentimiento religioso, sobre las reglas la belleza poética, sobre los mitos la verdad crítica. Quieren comprender las potencias naturales y morales en sí mismas, independientemente de los soportes ficticios á que les ligaban sus antecesores. Todos esos soportes, almas y átomos;

todas esas ficciones, fluidos y mónadas; todas esas convenciones, reglas de lo bello y símbolos religiosos; todas las clasificaciones de las cosas naturales, humanas y divinas, se borran y desvanecen. En adelante no son ya más que figuras; no se conservan más que en calidad de auxiliares de la memoria y de la inteligencia; no son útiles sino provisionalmente y para ir más lejos. Con un movimiento común en toda la línea del pensamiento humano, las causas retroceden hasta una región abstracta adonde la filosofía no había ido á buscarlas desde hacía mil ochocientos años. Entonces aparece la enfermedad del siglo, la inquietud de Werther y de Fausto, del todo semejante á la que, en momento semejante, agitó á los hombres hace diez y ocho siglos; quiero decir, el descontento del presente, el vago anhelo de una belleza superior y de una felicidad ideal, la dolorosa aspiración hacia lo infinito. El hombre sufre dudando, y, sin embargo, duda; procura recobrar sus creencias, y se disipan en sus manos; quisiera descansar en las doctrinas y en las satisfacciones que bastaban á sus antepasados, y las juzga insuficientes. Se entrega como Fausto á ansiosas investigaciones al través de las ciencias y de la historia, y las estima vanas, dudosas, buenas para los Wagner, para pedantes de academia ó de biblioteca. Lo que él ansía es el *más allá*; le presiente al través de las fórmulas, al través de los textos y las confesiones de las iglesias, al través de las diversiones del mundo y los deslumbramientos del amor. Tras la experiencia grosera y los catecismos transmitidos hay una verdad sublime; sobre los atractivos de la sociedad y los goces de la familia existe una felicidad grandiosa. Escépticos, resignados ó místicos, todos la han entrevisto ó imaginado, desde Goethe hasta Beethoven, desde

Schiller hasta Heine. A esa región se han remontado para remover á manos llenas el enjambre de sus grandes ensueños: no se han consolado al caer de esas alturas; en ellas han pensado desde la más profunda de sus caídas; como sus ascendientes alejandrinos y cristianos, habitaron por instinto ese magnífico mundo invisible donde duermen en una paz ideal las esencias y las potencias creadoras, y «la vehemente aspiración de su corazón ha atraído y sacado de su esfera á esos espíritus elementales, criaturas de llama que, mezclados á las cosas en el oleaje de la vida, en la tempestad de la acción, trabajan en el rumoroso telar del tiempo y tejen el vivo ropaje de la Divinidad (1)».

Así se eleva el hombre moderno, agitado por dos sentimientos, el uno democrático, el otro filosófico. Desde los abismos de su pobreza y de su ignorancia, se eleva con esfuerzo, levantando el peso de la sociedad establecida y de los dogmas admitidos, inclinado á reformarlos ó dispuesto á destruirlos, generoso al par que rebelde. Esas dos corrientes son las que desde Francia y Alemania llegan ahora á Inglaterra. Aquí hallan fuertes diques, les cuesta trabajo abrirse camino, entran más tardíamente que en otras partes; pero entran, sin embargo. Se forman un lecho nuevo entre las barreras antiguas, y las ensanchan sin romperlas, mediante una transformación lenta y pacífica que hoy aún continúa.

(1) *Fausto*, escena primera.